

Gaston Deschamps

La literatura fantástica y terrible



EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE.

Una escena de la novela de Conan Doyle, una de las obras maestras del género fantástico moderno: la aparición del terrible perro cuya visión aterroriza a toda una familia desde hace siglos.

Boletín de anticipaciones científicas y aventuras fantásticas 1



Delirio, Ciencia-Ficción

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Ilustraciones: H. Lanos

«La literatura fantástica y terrible» («La littérature fantastique et terrible»)
Publicado originalmente en *Je sais tout*, VIII, sept. 1905, págs. 151-160.



© Por la traducción, Javier Martín Lalanda, 2006

© Delirio, Ciencia-Ficción, 2006

Joaquín Turina, 4. 28770 Colmenar Viejo (Madrid). Tel. 91 845 0165
correo electrónico: deliriosf@yahoo.es

Primera edición: marzo 2006

Impreso en los talleres gráficos de la propia editorial.

Impreso en España
Printed in Spain

A propósito de «La littérature fantastique et terrible»

(*Je sais tout*, vol. VIII, sept. 1905, págs. 151-160).

Entre las obras de Gaston Deschamps (1861-1931), crítico literario y prologuista de Victor Hugo, se encuentran *La vie et les livres* (1894), *Marrivaux* (1897), *La Grèce d'aujourd'hui* (1898), *Sur les routes d'Asie* (1901) y *Constantinople* (1913), todas ellas relacionadas con la literatura y los libros de viajes. Fue uno de los primeros profesores de la Universidad de Mans que aprovecharon el intercambio entre esta última y la de Harvard, donde, a lo largo del curso 1902-1903, impartió una clase sobre el teatro francés contemporáneo. Aquella relación con el Nuevo Mundo se vería reflejada posteriormente en su célebre conferencia de 1917, «L'effort du Canada» (traducido, muy poco después, al inglés bajo el título «Canada's Effort»), donde rindió tributo a la ayuda prestada por los canadienses a Francia en el transcurso de la Primera Guerra Mundial. Posteriormente, presidió la Convención Internacional para la Represión de la Circulación y del Tráfico de Publicaciones Obscenas, inaugurada el 12 de septiembre de 1923 en Ginebra bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones. También colaboró en numerosas revistas, entre ellas *Le Temps* y *Je sais tout*, esta última de carácter mensual, en cuyo número de septiembre de 1905 apareció el excelente artículo «*La littérature fantastique et terrible*», que traducimos a continuación. Su importancia se debe a que, además de ser uno de los primeros dedicado a la obra de ficción fantástica de Herbert George («H. G.») Wells escrita antes de 1905 (y, de paso, a los últimos avatares del terror «gótico» representados, en dicho artículo, por la leyenda del Sabueso de los Baskerville que da pie a la novela del mismo nombre de Arthur Conan Doyle), no sólo hace énfasis en su componente de «ciencia ficción» (el apelativo se aplicaría cuando Hugo Gernsback, a mediados de los años veinte del siglo por llegar, el XX, acuñara dicho término), sino en su otra componente de «terror» o, como Deschamps la denominó, de «literatura terrible», apenas comentada por los estudiosos de la obra wellsiana. Las ilustraciones originales que lo acompañan (y

acompañaron en su publicación original) son de H. Lanos, entre cuyas obras maestras se encuentran las planchas que dibujó para la novela de H. G. Wells *Cuando el durmiente despierte* (*When the Sleeper Wakes*, 1899), en su primera edición de la revista *Graphic*, así como otras sobre la guerra futura realizadas por la misma época para *Pearsons Magazine* y aquellas con las que ilustró la novela *Un monde sur le monde* (1910-1911), escrita en colaboración con Jules Perrin. Entre el resto de su producción destacan dos novelas para jóvenes: *Le Gran Raid Paris-La Lune* (1928) y *Les Hommes de Fer du Docteur Hax* (1932).

La presente traducción enmienda algunas erratas del texto, adapta alguna que otra expresión que ahora podría no sonar «políticamente correcta» a nuestros oídos, añade algunas puntualizaciones y explicita las fechas de publicación de todas las obras reseñadas.

JAVIER MARTÍN LALANDA
alquife@usal.es



Gaston Deschamps,
fotografía publicada en *Le Monde illustré*,
vol. 17 núm. 883. p. 817 (6 de abril de 1901)

La literatura fantástica y terrible



Gaston Deschamps

Cuando cualquier turista, luego de llegar a la isla de Java y de sentarse en los maravillosos jardines de Buitenzorg a la sombra de los moscaderos, de los nogales de cola y de los cacahuales para tomar ostras cocidas en vino blanco y confituras de jengibre, decide hacer una visita a los ídolos de los templos budistas, suele sentirse sorprendido al observar el carácter claramente terrorífico que, en aquel extraño país, presenta la manifestación plástica de lo que constituye todo lo religioso. A buen seguro, los dioses panzudos de aquel panteón deforme le recordarán al hombre del saco o a su padre armado con un látigo. Contemplará monigotes espantosos, tocados con mitras con forma de pagoda y provistos, casi todos ellos, de cuatro cabezas, cuyos ojos, que parecen a punto de salirseles de las órbitas, y cuyas lenguas, bífidas y llameantes, desafían amenazantes a las confusas multitudes. Sus abdómenes son prominentes y agresivos, sus mandíbulas, gesticulantes; sus dientes, extraordinariamente aguzados. Entre ellos descubrimos a Indra, con una maza de color escarlata, y a Broena, con uñas que parecen zarpas, y toda la panoplia de esos tremendos ídolos creados por la extravagante genialidad hindú que, dominada por el frenesí de la fealdad, pareció complacerse en buscar lo espantoso.

Pero no sólo la gente de aquellas tierras sino la Humanidad en general experimenta la necesidad, o eso creemos, de sentir miedo. Esto explica el hecho de que entre nosotros exista cierto tipo de literatura que desea comunicarnos sensaciones de terror. Y dicha literatura se ha visto enriquecida en los últimos años por la importante contribución de los novelistas británicos.

EN EL CENTRO DEL MISTERIO Y DEL ESPANTO:
EL ARQUETIPO DEL POLICÍA SHERLOCK HOLMES

A la hora de inventar historias de terror, el doctor Conan Doyle es uno de los mejores maestros. No podemos leer de un tirón diez páginas de la

novela *El sabueso de los Baskerville* (*The Hound of the Baskerville*, 1902) sin sentir un escalofrío. ¡Ah, ese perro terrible, ese perro espectral!

La familia Baskerville es una de las más ricas y mejor consideradas en el condado de Devonshire. En el contexto general de la historia que vamos a comentar, la muerte trágica de sir Charles Baskerville causa una profunda emoción, pues sir Charles era un espíritu tan superior como perspicaz, no sólo desde una perspectiva especulativa sino práctica. La cortesía de sus maneras y la caballerosa generosidad de su corazón le habían granjeado el respeto y el afecto de todos. Poco antes de morir se había convertido en el probable candidato del Partido Liberal por Mid-Devon en las elecciones que estaban a punto de realizarse.

Siempre que se encontraba en su residencia campestre de Baskerville Hall, sir Charles tenía la costumbre de recorrer todas las tardes el famoso Paseo de los Tejos, una de las principales atracciones de aquella mansión señorial. Cierta tarde de primavera (la del 4 de mayo, precisamente) sir Charles encendió un cigarro y emprendió su paseo acostumbrado. Durante algún tiempo, su ayuda de cámara, apellidado Barrymore, pudo distinguir en la penumbra del Paseo de los Tejos el rescoldo de su cigarro. Antes, sir Charles había manifestado el deseo de partir al día siguiente para Londres, e incluso había encargado a Barrymore que fuera haciéndole el equipaje.

Pero nadie le vio regresar. A medianoche, Barrymore, luego de constatar que la puerta del castillo aún seguía abierta, encendió una linterna y partió en busca de su señor. Como el suelo del Paseo de los Tejos estaba mojado por los aguaceros caídos durante la víspera y las huellas de las pisadas de sir Charles habían quedado impresas en la tierra mojada, Barrymore las siguió hasta llegar a una valla que, dispuesta en la parte central del Paseo, daba al páramo circundante. Una serie de huellas más profundas revelaba que, al menos durante algún tiempo, sir Charles Baskerville había permanecido quieto en aquel lugar, aunque luego reemprendiera la marcha, pues su cadáver lo habían encontrado mucho más lejos...

Tales son los hechos extraordinarios que el doctor James Mortimer, médico de Devonshire, refiere al célebre Sherlock Holmes, personaje favorito del novelista Conan Doyle, que interviene con éxito en las investigaciones llevadas por la Policía, aunque sólo por el simple placer del aficionado al misterio.

Sherlock Holmes tiene una manera de proceder que le es propia y que, casi siempre, le lleva a obtener excelentes resultados. Sólo le complacen las investigaciones que poseen un punto de fantasía y de rareza, pues trabaja por amor al arte y no al dinero.



SEGÚN WELLS, LOS MARCIANOS SOBRE LA TIERRA.

¿Acaso no se encuentra en los límites de lo fantástico y lo terrible esta visión de esos seres informes que han llegado desde el planeta Marte para destruir la Tierra?

Sherlock Holmes presta mucha atención al testimonio del doctor Mortimer cuando éste —tal y como en el capítulo 2 refiere Watson, el colega y cronista del detective— finaliza su declaración del siguiente modo:

—Sir Charles yacía rostro en tierra, con los brazos extendidos, los dedos hincados en la tierra y sus facciones tan convulsionadas, a causa de alguna fuerte emoción, que difícilmente hubiera jurado que era él. No había, evidentemente, señal de lesión física de ninguna especie. Pero Barrymore hizo una declaración falsa en el curso de la investigación. Dijo que no había huellas en el suelo, en torno al cuerpo. Si él no observó ninguna, yo sí las vi... Estaban a alguna distancia, pero eran frescas y precisas.

—¿Pisadas?

—Pisadas.

—¿De hombre o de mujer?

El doctor Mortimer nos miró de un modo extraño durante un instante; luego su voz se convirtió casi en un murmullo, al responder:

—¡Míster Holmes, eran las pisadas de un sabueso gigantesco!

Tan terrible declaración ocasiona que Sherlock Holmes principie, con su flema habitual, la más dramática de sus investigaciones, pues ya posee cierta información sobre el Sabueso, recabada al leer los particulares de cierta historia que los campesinos de Devonshire suelen contar al anochecer y que le pone a uno los pelos de punta.

Según dicha historia, por el tiempo de la Gran Rebelión (la encabezada por Cromwell), sir Hugo de Baskerville era uno de los nobles de peor reputación de la isla. Pagano convencido, llevaba una doble vida: si la que todos conocían estaba dominada por la inacción, en la otra sólo hacía el mal. En su mansión de Baskerville, siniestramente iluminada por la luz de sus orgías nocturnas y siempre dominada por el estruendo de gritos y blasfemias, ingería bebidas prohibidas y entonaba cánticos sacrílegos en compañía de otros señores, dignos de compartir con él aquella vida infernal.

Cierta noche sombría, Hugo de Baskerville se divertía de una manera diabólica con los compañeros habituales de sus execrables entretenimientos en la habitación más alta de su torreón. Después de cumplir aquel mismo día la peor acción de toda su vida, se sentía muy a gusto consigo mismo. Luego de raptar en una aldea vecina a la hija de un honesto labriego, la había encerrado a cal y canto en una torrecilla, donde la cautiva lloraba, sollozaba y se estremecía al escuchar los horribles

ecos de la orgía cercana. Y cuando el señor de Baskerville, después de comer, beber y vociferar a sus anchas con sus repugnantes camaradas, subió a la torrecilla, lanzó una blasfemia espantosa. La prisionera se había escapado. Luego de introducirse por una ventana muy estrecha y de descollarse a duras penas por la hiedra que cubría el castillo maldito, había conseguido llegar al suelo y huir por el páramo. Al comprender lo sucedido, la imaginación de Baskerville alumbró una idea satánica que le llevó a exclamar, ante los borrachos que le acompañaban, que aquella misma noche se entregaría en cuerpo y alma a los Poderes del Mal si éstos le permitían atrapar a la joven. Tuvo lugar, entonces, una cacería salvaje, vertiginosa y demoníaca bajo la apagada claridad de la luna, a lo largo y ancho de las alucinadas campiñas. Los caballos galopaban, los perros ladraban, los cazadores hacían ruidos espantosos. Hugo, montando una yegua furiosa, galopaba frenético. Cuando sus camaradas lo perdieron de vista, interrogaron a un labriego que vagaba por el páramo, el cual, en medio de la claridad lunar, se asemejaba a un fantasma. Aquel hombre estaba tan dominado por el pavor que apenas podía hablar; pero al fin confesó haber visto a la desgraciada doncella, tras cuyo rastro corría la jauría de sir Hugo. «Pero he visto algo más —añadió—. El señor de Baskerville pasó galopando en su yegua y, en silencio, detrás de él corría un sabueso tal que Dios no quiera que jamás corra uno como ése tras de mis talones».

Al escuchar estas palabras, los caballeros sintieron que la sangre se les helaba en las venas. Pero aquello no fue nada comparado con la angustia que sintieron más tarde, cuando, después de descabalar, vieron en el fondo de una hondonada a la joven fugitiva, muerta por el miedo y la fatiga, y, a su lado, también muerto, al señor de Baskerville, cuya garganta atenazaba un ser espantoso, una enorme bestia negra con la apariencia de un sabueso. Aún seguían mirándola, inmovilizados por el espanto que les causaba, cuando aquel ser destrozó la garganta de Hugo Baskerville y se volvió hacia ellos con fauces que chorreaban sangre y ojos tan ardientes que, luego de escapar, despavoridos, uno de ellos murió aquella noche y los demás vivieron como enloquecidos hasta el resto de sus días.

El arte —quizá pueda decirse «la técnica»— del novelista Conan Doyle consiste en yuxtaponer hechos terroríficos a otros que resultan fácilmente comprensibles. Temblamos, nos estremecemos y perdemos el hilo de la narración. Y luego lo recuperamos y terminamos por comprender lo sucedido.



UNA CREACIÓN LITERARIA FANTÁSTICA: LOS BRAZOS DE UN MARCIANO
(LA GUERRA DE LOS MUNDOS, DE WELLS)

Los marcianos están provistos de enormes tentáculos extensibles que pueden penetrar por una puerta apenas entreabierta y husmear por los rincones más recónditos con sus colosales manos.

En esta novela, las investigaciones que Sherlock Holmes realiza le conducirán a un resultado positivo. La leyenda del «Sabueso de los Baskerville» termina explicándose, como todas las leyendas, mediante los procesos de amplificación y de deformación que caracterizan a la imaginación popular. En cuanto al sabueso espantoso que, muchos siglos después del final trágico de sir Hugo, es el causante de la muerte imprevista de sir Charles, hay que decir que efectivamente existe. Todas las tardes se le oía ladrar con mucha claridad en el páramo. Los campesinos afirmaban que echaba fuego por fauces y ojos. Pero aquel animal sólo era un perro enorme al que un tal Stapleton, un naturalista tan sabio como malvado cuyo castillo se encontraba muy cerca del de Baskerville, solía untar con un preparado fosforescente. Y al ver aquel perro fosforescente, sir Charles, que sufría una afección cardíaca, murió por la simple rotura de un aneurisma.

EL CREADOR MÁS FECUNDO DE LO FANTÁSTICO E INVEROSÍMIL: H. G. WELLS

El arte de Herbert George Wells, novelista, profeta y reformador —autor de *La guerra de los mundos* (*The War of the Worlds*, 1898) y de *La isla del Dr. Moreau* (*The Island of Dr. Moreau*, 1896)—, no sólo se muestra en el dominio definido por lo terrorífico y lo espantoso sino que se afianza con gran maestría en las regiones ilimitadas de lo sobrenatural, de lo fantástico, de lo posible y lo imposible. *La guerra de los mundos* acontece en el escenario inverosímil de una batalla cósmica que enfrenta a los habitantes del planeta Marte con los de la Tierra. El narrador da rienda suelta a su imaginación al evocar a esos marcianos que, una hermosa noche de verano, llegan hasta nosotros en un cilindro, como antaño llegaron los griegos a la ciudad de los troyanos, metidos en un caballo de madera. La apariencia de los marcianos es tan imponente que no podemos contemplarla sin sentirnos petrificados por la estupefacción que nos causa. Imagínense una especie de masa esférica con dos grandes ojos sombríos que les miren fijamente. Los marcianos no tienen nariz. Su boca tiene forma de V. No tienen labios y de su boca repugnante fluye sin cesar una suerte de baba. Además, tampoco tienen frente ni mentón. Y, en lugar de los órganos prensiles que llamamos brazos, poseen un juego de tentáculos similares a las tremendas y viscosas nudosidades de los pulpos. Jamás sabremos cuáles fueron los documentos plásticos o gráficos en los que se basó Wells para ofrecernos este retrato abracadabrante de un habitante del planeta Marte, puesto que, evidentemente, el autor de *La guerra de los mundos* no

corroborar con ninguna prueba la audacia de sus alegatos. Pero la narración posee tal ritmo y tan excelente concatenación lógica que, a pesar de la singularidad de sus premisas iniciales, a medida que aquella progresa, conseguimos habituarnos a las sorprendentes peripecias que narra. En su guerra contra los terrestres, los marcianos disponen de una artillería que, por ser casi invisible, aún es más terrible. Mediante un espejo parabólico proyectan sobre sus enemigos un calor intenso. Al contacto con el rayo de los marcianos todo lo que puede arder se inflama, el plomo fluye como el agua, el hierro se ablanda, el vidrio se rompe y se funde, el agua se convierte inmediatamente en vapor.

Esta novela nos permite comprobar la manera en que el asimismo autor de *La máquina del tiempo* (*The Time Machine: An Invention*, 1895), de *Los primeros hombres en la Luna* (*The First Men in the Moon*, 1901), de *La isla del Dr. Moreau* y de *El alimento de los dioses* (*The Food of the Gods, And How It Came to Earth*, 1904) es capaz de adaptar las infinitas posibilidades de la ciencia moderna a las invenciones de su fértil fantasía. Quizá llegue un día en que los fusiles perfeccionados y los modernos cañones que los hombres emplean para matarse los unos a los otros, queden tan anticuados como los arcos y las flechas de los iroqueses y los tupinambás, en comparación con los ingenios que, en el futuro, logrará descubrir el genio infernal de la destrucción mutua. Quizá entonces dispondremos de poderes de licuefacción, de torrefacción y de pulverización que nos permitan considerar las atroces carnicerías de la guerra moderna como simples juegos de niños. Para entonces, los ejércitos beligerantes serán «fulminados» en el sentido literal, no metafórico, de la palabra, y, posteriormente, «pulverizados».

Pero, por otra parte, Wells se complace en templar sus ideas con perspectivas más pacíficas. Si prevé cierta hostilidad entre la Tierra y el planeta Marte, también profetiza relaciones amistosas entre los terrestres y los habitantes de la Luna. Dentro de algunos siglos, si hemos de creer a nuestro profeta, el viaje a la Luna sólo será una más de las excursiones recomendadas por las agencias Cook del futuro. Durante su juventud, exenta de notoriedad y dedicada al trabajo, Wells dio clase de ciencias en un colegio londinense que preparaba a sus alumnos para ingresar en el Bachillerato. A fuerza de introducir conceptos científicos en los cráneos, frecuentemente reacios, de los candidatos que le eran confiados, descubrió, como Jules Verne, que podía sacar partido de los innumerables recursos que la química, la física y, en general, todas las ciencias naturales ponen a disposición de la fértil imaginación de los novelistas. Las hipótesis de

Wells sobrepasan en audacia a la mayoría de las que, por muy audaces que fueran, sustentaron la brillante e inspirada narrativa de Verne. Así pues, el viaje a la Luna le parece natural a condición de que la ciencia descubra una sustancia que no se vea afectada por la ley de la gravedad. Una esfera hueca, fabricada con dicha sustancia (la cavorita), se alejará indefinidamente en el espacio, pues a los individuos movidos por la curiosidad les bastará con instalarse en ella como si de un globo se tratara y ordenar en voz alta: «¡Soltadlo todo!». Los viajeros que se encuentren dentro de la esfera podrán aprovechar la atracción gravitatoria que necesiten, ya sea del Sol, de la Tierra o de la Luna, gracias a un sistema de aberturas dispuestas en las paredes de su casa flotante.

Y de esta suerte, quizá antes del siglo xxx, los escolares de la Tierra podrán ir a pasar sus vacaciones en la Luna.

Las narraciones extraterrestres por las que, con visible complacencia, se pasea la fértil imaginación de Wells, satisfacen ampliamente ese instinto nuestro que, a medida que pasa el tiempo, nos hace desear con mayor apremio el poder ausentarnos del planeta que nos es propio. Y es muy cierto que, en la actualidad, nos da cierta pena pensar que sólo las leyes de la gravedad y las condiciones de nuestra atmósfera nos atan de pies y narices, respectivamente, a la superficie de nuestra sólida y perfumada Tierra.

LO INVEROSÍMIL HECHO REALIDAD: LOS HOMBRES CONVERTIDOS EN ANIMALES

Al menos, *La isla del Dr. Moreau* nos devuelve a nuestro planeta. La isla de dicha novela se encuentra muy lejos, en el Océano Pacífico, rodeada por arrecifes de coral.

El doctor Moreau tuvo que abandonar Londres después del revuelo suscitado por la escandalosa fuga de un perro que, desollado vivo por su escalpelo, recorrió en tan penosa condición las calles de la ciudad. El siniestro vivisector, solo en su isla, en medio del Pacífico, con el cómplice habitual de sus desolladuras, puede entregarse sin freno al arte de lisiar y de mutilar a los pobres animales. El único peligro que planea sobre él se debe a la posibilidad de que los aullidos de los cuadrúpedos o de los cuadrumanos a los que tortura logren llegar a las oficinas de la Sociedad Protectora de Animales.

Pero el azar hará que un navegante inglés, milagrosamente salvado del naufragio del *Lady Vain*, arribe a la isla del doctor Moreau.



EN EL FONDO DEL MAR.

Encerrado en una cápsula, el héroe de Wells ve pasar ante sí a los seres extraños que pueblan las grandes profundidades marinas.

El primer ser vivo al que contempla es un animal fantástico con cabeza de hombre y extremidades de animal. Aquel ser singular se viste someramente con un traje azul de tela de algodón. Más tarde, al caminar por el interior de aquella isla misteriosa, el viajero perdido se encuentra con criaturas singulares (los *humanimales*) que son mitad animal y mitad hombre, tan extraordinarias que en todo momento cree ser víctima de una alucinación: hombres-mono, hombres-perro, hombres-leopardo, hombres-lobo...

Todos estos monstruos son el resultado de las eruditas manipulaciones del doctor Moreau, cuyo sueño consiste en condensar en el tiempo de unas pocas semanas o meses las lentas etapas de la evolución del hombre.

Pero aquellas metamorfosis sólo son transformaciones precarias. En cuanto los instintos de las criaturas se despiertan al ver la sangre o al sentir la atracción de la presa, el animal someramente humanizado se muestra más brutal que antes. Moreau muere a manos de una de aquellas criaturas que, luego de volver, sin previo aviso, a su condición de fiera carnívora, ha escapado de su laboratorio. Asistimos, entonces, a una escena espantosa: todos los habitantes de la isla se precipitan, a causa de una lamentable recaída, en la condición animal más atroz. Y los monstruos acaban matándose los unos a los otros en una zarabanda de autodestrucción.

Wells es un gran evocador que busca, no ya en la realidad sino en el dominio de las hipótesis, las fuentes del terror que, según decía Aristóteles, son necesarias al género humano para lograr liberarse de la tiranía de las pasiones.

EL ALIMENTO DE LOS DIOS: UNA ECLOSIÓN MONSTRUOSA DE GIGANTES

Sin abandonar por completo la realidad sino remitiéndose siempre a ella mediante algún subterfugio, la obra de Wells intenta apropiarse de lo desconocido para alimentar con ello sus narraciones, para crear los espantosos engranajes de un drama insospechado.

De tal suerte se imagina a un sabio, por otra parte de alma muy sencilla y de personalidad muy modesta, que guarda en su cerebro la fórmula de un descubrimiento terrible. ¿A qué descubrimiento me refiero? Pues a una sustancia de tan grandes propiedades nutrientes que los seres vivos que la tomen, aunque en una mínima cantidad, crecerán más y más hasta sobrepasar la vertiginosa altura de los más impresionantes monumentos.



EL VIAJE A LA LUNA

Tras haber mostrado la invasión de la Tierra a cargo de los habitantes de otros planetas, Wells nos transporta a la Luna, donde ha llegado un hombre con ayuda de una máquina formidable que él mismo ha construido: en el mundo lunar encuentra extraños habitantes que le hacen padecer atroces y bárbaras torturas.

El sabio da a probar primeramente este alimento fantástico —al que ha dado el nombre de «heracleoforbia» (el alimento digno de Hércules)— a sus propios hijos... Pero, por un desgraciado accidente, algunas briznas de dicha sustancia acaban en el estómago de otros seres, que suerte que, al poco tiempo, el mundo se llena de abejas tan gigantescas como las águilas, de ratas que son más grandes y terribles que las fieras más enormes... Y entonces, de repente, comienzan a nacer humanos gigantes.

¿Qué sucederá entonces? ¿Acaso la pobre y enclenque Humanidad dará paso a los gigantes? De la mano de Wells, asistimos a la desesperada lucha de los seres normales contra aquella acumulación de seres desmesurados, engendrados por la genialidad de un sabio desconocido. Pero toda resistencia es fútil, y la novela *El alimento de los dioses* se concluye con la derrota del antiguo e ínfimo elemento humano.

En *La máquina del tiempo*, Wells parte de una hipótesis extremadamente curiosa, cuya audacia no carece de belleza. Su héroe se pregunta si podremos llegar a movernos por el tiempo de una manera similar a como nos desplazamos por el espacio, si podremos avanzar hacia delante o hacia atrás por el curso de las eras, circulando a la velocidad que queramos, en medio de los siglos, de un modo similar a como lo hacemos en una carretera o en una llanura. Esta proposición que nos parece tan irreal lo es aún más para el hombre de ciencia que para el simple mortal. Pues el hombre de ciencia nos dirá, con la seriedad imperturbable de la lógica y de la verdad, que, si pudiéramos desplazarnos *por el espacio* a mayor velocidad que la luz, atraparíamos en su fuga inmensa por el éter a las vibraciones luminosas y tendríamos la impresión, algo en sí bastante fantástico, de ver el pasado... En cuanto a la exploración del futuro, es evidente que la concepción es aún más atrevida y que sólo pensar en ella resulta de lo más interesante, pues, ¿acaso no es una temeridad el recorrer, aunque sólo sea con la imaginación, el campo ilimitado de las hipótesis?

Sea como fuere, el héroe de Wells resuelve el problema y, cabalgando su máquina tan portentosa como plausiblemente científica, se precipita a descubrir el mundo futuro.

Recorre un intervalo formidable: dos millones de siglos. Como uno puede imaginarse, lo que el Viajero descubre dos millones de siglos después de su propia época no es ni parecido al mundo que conocía. El clima de la superficie de la Tierra se ha modificado y la temperatura es exquisitamente suave. Una vegetación maravillosa crece entre las ruinas colosales de una extraña arquitectura.

El Viajero es recibido por unos seres pequeños y afeminados que se

visten con ricas telas. Son los Elois, vestigio mil veces milenario de la Humanidad, degenerada por los excesos de altas dosis de civilización. Pero, ¿qué hacen esos pequeños seres? Pasan el día jugando, de suerte que quien acaba de arribar hasta ellos, llegado del mismísimo fondo de los tiempos, no puede explicarse cómo consiguen tejer las ropas que llevan y procurarse el alimento que consumen, pues no trabajan en nada.

Y aunque, por la noche, los Elois duermen todos juntos en los grandes monumentos convertidos en ruinas prodigiosas, alrededor de las cuales viven como hormigas despreocupadas, al quedar todo a oscuras sus pequeños cuerpecillos muestran el gran terror que los domina. Pero, aparte de la muchedumbre menuda, lampiña y singularmente monstruosa de los Elois, el viajero del tiempo no consigue descubrir ningún otro ser.

Cierto día, en que se ha alejado de su vehículo para recorrer los alrededores, descubre que éste ha desaparecido de manera misteriosa y, por más que cavile en ello, no consigue descubrir al causante ni cuándo ha podido suceder aquel robo. Y como los Elois son completamente incapaces de hacer una cosa semejante... no podemos por menos de pensar que en aquel mundo senil debe existir una raza malvada que ha obligado al desgraciado Viajero a permanecer en aquella época fantástica, sin poder lanzarse de cabeza al abismo de los tiempos pasados y llegar, finalmente, a donde le aguardan los suyos. Así pues, el Viajero hará todo lo posible para encontrar la máquina. Más tarde, suponiendo que puede hallarse oculta en una especie de subterráneo al que se llega entrando por un pozo bastante profundo, penetra valientemente en él. Entonces descubre a los Morlocks, segundo vestigio de la Humanidad, seres repugnantes, blancuzcos, blandos y fofos. Y como, por vivir en la oscuridad, la luz los deslumbra y ciega, el Viajero sólo consigue librarse de sus garras después de gastar las cerillas que le quedaban.

Aquellos Morlocks son quienes mantienen vivos a los Elois, vistiéndolos y alimentándolos. Mas, ¿con qué propósito? Ante los informes montones de carne apilada que distingue en la penumbra de la caverna, el hombre de hoy presente el misterio de la Humanidad futura: los Morlocks son los proveedores de los Elois, quienes, a su vez, sólo son un rebaño humano que vive sin inquietudes ni preocupaciones, acabando miserablemente sus días como la carne que cuelga en las carnicerías.

El Viajero consigue recobrar su máquina y salta de nuevo al futuro. Luego de asistir al fin del mundo, regresa a su propia época, entristecido.

Pero como los espantosos peligros que ha corrido no le han acobardado, parte de nuevo para no volver jamás, tragado por el tiempo.

En *El hombre invisible* (*The Invisible Man: A Grotesque Romance*, 1897) Wells sitúa en medio de la vida cotidiana de hoy una de aquellas hipótesis tuyas que, aunque sin pertenecer por completo a lo que podríamos llamar literatura de tipo «terrible», sí que nos parece muy terrorífica. Supongamos que, mediante un proceso secreto y desconocido, un hombre consiga hacerse tan completa y perfectamente transparente que sea invisible a los ojos de los demás, sin, por ello, tener que convertirse en un ser inmaterial. Aunque no le veamos, podremos tocarle. Y si pensamos en el escritor que intenta suscitar en nosotros un pequeño escalofrío a cada una de las páginas que escribe, podremos imaginarnos el caudal de recursos que le ofrece la hipótesis apuntada ...

Imperceptible, pero no por ello menos real, el hombre invisible vaga por Londres, asustando a todos los que se encuentra por el simple expediente de tocarlos y revelar su presencia.

Se ve obligado a robar el alimento que necesita para vivir, así como la ropa, una peluca y una máscara. Entonces, cubierto con lo que hace su figura visible, reside durante algún tiempo en una posada de provincias. Cuando un accidente revele que bajo su máscara no parece haber nada, comenzará la caza tan angustiada como salvaje del hombre que es invisible, aunque no impalpable. Después de librarse de quienes le perseguían y de ocultarse durante cierto tiempo, es alcanzado por el pico de un obrero, muriendo y haciéndose visible al descomponerse su sangre.

Pero antes había comenzado a probar su invento en un pañuelo de seda y en un gato enorme. Así pues, por algún sitio hay un minino enorme que merodea y al que nadie puede ver. Quizá se encuentre ahí mismo, junto a usted... ¿No sería él lo que acaba de rozarle la mano? Ese bufido... ¿Jamás ha oído maullar a ese gato invisible? En fin, como verán se trata de algo que puede resultar obsesivo.

Además de sus novelas más importantes, Wells ha publicado numerosos cuentos en unas cuantas antologías. Uno de dichos cuentos es «Los invasores del mar» («The Sea Raiders», 1897). En otro, titulado «En el abismo» («In the Abyss», 1897), asistimos al descenso de un hombre a las insondables profundidades del Océano Pacífico. Encerrado en una esfera, descubre una ciudad submarina cuyos habitantes son una especie de humanoides que, gracias a una especial adaptación, pueden vivir en el fondo de las aguas. Aún habría que citar «La habitación roja» («The Red Room», 1896), «La estrella» («The Star», 1900) y muchos otros cuentos que comparten su particular sentido de lo que es el terror. Es admirable que todas estas historias, aún siendo tan diferentes, nos parezcan igual de terroríficas.

El presente ejemplar, así como los demás volúmenes de este Boletín, se entregan de forma gratuita en diversas librerías especializadas en cómic y/o en ciencia-ficción. Su venta está terminantemente prohibida y su realización se efectúa sin el menor ánimo de lucro ni interés, como el resto de publicaciones de esta casa. En caso de que desee recibir este Boletín en su domicilio, le rogamos nos lo haga saber mediante un mensaje de correo electrónico a la dirección que figura en la página de créditos. Tampoco en ese caso, a menos que tuviéramos que editar del presente Boletín más ejemplares de los que pensamos imprimir, habrá ningún coste por parte del, llamémoslo, «suscriptor».

La próxima entrega de este Boletín estará dedicado al gran dibujante francés Albert Robida, con una semblanza biográfica del estudioso francés J.-J. Bridenne y el prólogo de Robida a una de las obras histórico-descriptivas que ilustró.

La idea de este Boletín es publicar artículos y cuentos relacionados con la ciencia-ficción de finales del siglo XIX y principios del XX (en cualquier caso, siempre, o casi siempre, anteriores a la Segunda Guerra Mundial), cubriendo vacíos que, hoy por hoy, están desatendidos, a causa del interés de los editores en no cubrir deliberadamente ese período y por intentar llegar a un mayor sector del público con títulos impactantes y más del momento. Dados nuestros precios de venta y nuestro ideario, no tenemos en mente, creo que tal cosa queda clara, la competencia directa con ninguna otra publicación. Como se irán dando cuenta nuestros lectores a lo largo de los sucesivos números de este Boletín, la ciencia-ficción algo más antigua que la que tan en boga está actualmente, tenía una cosa que la diferenciaba: era más *bonita*. Basta echar una mirada a las páginas de este número y del siguiente para darse cuenta de ello.

Por último, espero que disfruten leyéndolo tanto como nosotros hemos disfrutado ejecutándolo.

